

LA PROTESTA

PRECIO: 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0 478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1587

Valores y giros a A. Barrera

LOS CAMPESINOS Y LA REVOLUCION

Es evidente que existe un marcado antagonismo entre el campo y la ciudad. El campesino no comprende la psicología del obrero industrial y el obrero de las ciudades considera la sencillez de las poblaciones rurales como un signo de inferioridad. Y esa diferencia de cultura, que es también de gustos y de necesidades, crea una línea divisoria entre los dos flancos del proletariado, la que ni siquiera desaparece en períodos de honda convulsión y en momentos propicios para la lucha contra el enemigo común.

No hablamos ya del pequeño propietario rural, dueño de una parcela de tierra y de unos miserables enseres e implementos de trabajo que apenas lo libran de la miseria, después de pagar impuestos y gabelas al Estado. La burguesía agraria es egoísta, no concibe el valor del esfuerzo de los no campesinos y conserva su tenaz aversión a todo lo que sea progreso industrial, máxime si le exige una contribución directa su sostenimiento y desarrollo. Y hasta cierto punto se explica ese divorciamiento del pequeño burgués agrario con el ciudadano, ya que no es posible olvidar lo que, en los países agrícolas, representa el hombre de la ciudad a los ojos del campesino: es el recaudador de impuestos, el gendarme del gobierno, el ave de presa lanzado sobre las cosechas para arrebatar una parte al que las arrancó a la entraña del duro terruño.

Los campesinos pobres, educados en ese ambiente de hostilidad al hombre de la ciudad — sea capitalista o proletario —, aferrados a la tierra y a las rancias tradiciones, a su vez aspirantes a independizarse del salario, no poseen el alcance necesario para concebir el fin social de una revolución expropiadora... La expropiación la entienden como una restitución, por parte de los terratenientes, latifundistas y señores feudales, de la tierra que usurpan y no cultivan con su brazo. Pero poseen el instinto egoísta del propietario y reivindican su parte de suelo para establecer sobre él su derecho de posesión.

Aquello de la propiedad es un robo, no reza para los campesinos. A lo sumo es una usurpación cuando la tierra que cultivan la detenta un señor que vive en la ciudad y jamás realizó labores rústicos ni removió un palmo de tierra para hacerla fructificar. Pero tampoco acepta el campesino el llamado derecho común — la socialización o la estatización de los grandes latifundios — que convierte en asalariados del te-

rruño a todos los agricultores y tiende a industrializar el viejo y precario sistema agrícola.

Contra la tendencia a crear en los campos grandes monopolios del Estado, colonias agrícolas o factorías dependientes de la administración pública, ven los campesinos un avance de la ciudad en sus dominios y la muerte del ruralismo. Y contra esa invasión se opone el instinto de propiedad — que es en el fondo un dere-

cho de propiedad, sino para declararse ellos propietarios del pedazo de terruño que cultivaban o que la comuna les entregó después del reparto... Y, en esas condiciones, porque no podían comprender las necesidades de la ciudad — que era la que cargaba con el mayor peso en la iniciada liquidación del régimen zarista —, llegaron a creerse dueños absolutos de todo lo que la tierra producía.

Claro está que los bolcheviques due-

tuyeron la página más sangrienta y dolorosa de la revolución rusa. En esa lucha, hija de la incomprensión y de la torpeza política de los bolcheviques, puede decirse que está el fracaso del comunismo. Porque es un hecho innegable que la llamada dictadura del proletariado, ejercida por Moscú sobre los enemigos políticos del partido gobernante, llegó a constituir para el campesino una odiosa declaración de guerra y un despotismo aún peor que el zarista.

Recordemos que los dictadores bolcheviques ensayaron diferentes sistemas económicos y pusieron en práctica diversas medidas violentas para someter al campesino y destruir el espíritu egoísta que ellos mismos habían desarrollado. Primero organizaron los raids a Ucrania, las requisas mediante el concurso del ejército rojo, alegando las necesidades del proletariado de la ciudad y de las poblaciones azotadas por el hambre. Más tarde, ante el evidente fracaso de esa política de violencias — ya que los campesinos dejaban las tierras incultas para no ofrecer presa a los que calificaban de saqueadores —, Moscú definió su política agraria sancionando un impuesto en especie, pero que debieron cobrarlos los recaudadores recurriendo al concurso de la fuerza armada. Y, finalmente, fracasados en sus ensayos de comunismo militar y de economía soviética, los bolcheviques cedieron la partida y autorizaron el comercio como medio de transacciones entre el campo y la ciudad.

El triunfo correspondió a la pequeña burguesía agraria: ahora dueña de la tierra y de los productos que cultiva. Y como consecuencia de ese fracaso inicial del comunismo bolchevique, Rusia tomó el camino del capitalismo, conservando únicamente la estructura jurídica y política del Estado obrero y la máscara de la dictadura proletaria. Bajo el dominio de los señores feudales, el campesino pobre solía afirmar que "la tierra era de Dios" — y el amo, el noble o el pope, representaban ese derecho divino —, pero ahora dice: "sólo la mala yerba crece en la tierra de Dios; pero el suelo que yo cultivo me pertenece a mí y no a Dios". Se ha modificado en la mentalidad del campesino, el concepto de propiedad, pero no en un sentido favorable a las concepciones comunistas e igualitarias.

La situación del campesino en la Rusia de los soviets, es de franca hostilidad a la ciudad, que considera la representación del expolio y del bandidaje. Según comentaba un corresponsal inglés, ese instinto de propiedad privada — instinto pequeño-burgués, según la terminología bolchevique — no puede ser desarraigado en Rusia. He aquí, según el mismo comentarista, algunas de las causas que determinaron la lucha del campo contra la ciudad:

EL HUESPED—



—Su alteza, con sangre italiana en las venas y en las manos...

cho de disfrute de la labor y del esfuerzo propios —, prefiriendo el campesino seguir apegado al terruño y cultivar sus campos con viejas herramientas a aceptar las máquinas modernas que aumentan la producción y ahorran energías musculares.

La revolución rusa nos ofreció un elocuente ejemplo de esa lucha, cada vez más tenaz, entre el campo y la ciudad. La gleba aceptó la acción expropiadora de los revolucionarios. Vió en los sucesos de 1917 el momento propicio para proclamar y ejecutar la restitución de las tierras usurpadas por el señor feudal. Los campesinos tomaron posesión de las tierras, no para abolir el derecho de

ños del poder, obraron como gobernantes de la ciudad. No comprendieron el significado de la expropiación campesina ni interpretaron el problema agrario. Primero desarrollaron en la gleba el instinto de propiedad, fomentando la revolución sobre el odio natural de los parias a los señores, y luego debieron dejar caer su mano de hierro sobre los nuevos propietarios — sobre la pequeña burguesía agraria formada por los campesinos pobres — para que éstos cedieran una parte de sus cosechas para el sostenimiento de la ciudad.

La lucha de los campesinos y del proletariado de las ciudades consti-

“El período del comunismo militar y las pérdidas infligidas por varios raids comunistas punitivos y recaudadores de víveres dejaron sus huellas, y los campesinos se han formado de los comunistas la idea de

En efecto, las clases dirigentes y explotadoras se sirven de la instrucción y de la cultura como medio de dominio y de latrocinio, para perfeccionar sus instrumentos de poder y de privilegio, para afianzar sus armas ofensivas. Tratan de escamotear instrucción y cultura a las clases populares, para que no se despierten en éstas demasiadas exigencias; pero no pueden eximirse de darles ese mínimo necesario para hacer más rentable la explotación. Y por lo demás, de esta instrucción y cultura que no pueden dejar de darle al pueblo, se sirven para educarlo en la servidumbre, para alimentar en los proletarios y pasiones venales, para insu-

No se crea que yo quiera desvalorizar con esto la función importante de la cultura y de la instrucción. El conocimiento de las ideas, la persuasión de que estas ideas son justas y de posible actuación tiene también una misión no indiferente.

Los rebeldes que en la sociedad en
viven y en relación a su "normalidad"
son realmente "anormales, y consi-
por circunstancias diversas de tiempo
mento, de situación y de educación, su-
traerse a la influencia del ambiente,
pueden ser sino excepciones. Y tam-
ellos se substraen a la inmoralidad
ambiente sólo en medida relativa, quien
y quien menos, pero jamás de modo al-
luto y completo. He aquí por qué no po-

Hoy el fin educativo puede ser alcanzado, y muy imperfectamente, sólo por una minoría, que también tiene necesidad de cierto grado de educación para tener la fuerza y la capacidad de iniciar la revolución. Pero sólo la revolución podrá educar a las mayorías para una vida nueva equitativa y libre.

Sobre la síntesis

(1) Pues que justamente la concepción diferente del proceso social revolucionario no impide la unidad sobre esos puntos, podemos continuar nuestras consideraciones sin detenernos en un análisis más profundo y detallado de la revolución social. Éste análisis será hecho en otro lugar. — Si existen anarquistas (en todo caso poco numerosos) que niegan la posibilidad de la reconstrucción social por las masas, — es decir que niegan la revolución social, — se entiende que no me refiero por ahora a ellos.

Es por mil rutas como avanzará la gran revolución. Es por mil formas, métodos y

La verdadera vida social, la creación social, la revolución social son fenómenos de pluralidad en síntesis, siendo es pluralidad y esa síntesis además elevar

Oremos que es tiempo que los anarquistas de tendencias diferentes reconozcan bajo este aspecto la ausencia de fundamento serio a estas escisiones y divisiones. Un gran paso hacia adelante para nuestro aproximamiento se dará cuando hayamos reconocido ego. Habrá un pretexto menos para discusiones. Cada uno puede dar la preponderancia a este o aquel factor, pero admitir al mismo tiempo la presencia y el alcance de otros factores, reconociendo por consiguiente otros anarquistas el mismo derecho a dar la preponderancia a otros factores. Ego así como los camaradas darán un paso para saber marchar mano a mano, en una misma organización, en un mismo movimiento, en un mismo movimiento común, desarrollando cada cual sus ideas y su actividad en la dirección que les interesa luchando ideológicamente, oponiendo sus

Los grandes artistas de España

GOYA

Con Goya, era por un día y es por esto que va tan ligero. Se diría que la vieja España, la de los Santos oficios, la de Don Quijote y de los castillos encantados, la de Sancho y del ras de tierra inexorable, la de la magia árabe, de la música ronca y triste, de la crueldad ingenua, de la risa macabra y de la muerte ardiente por doquiera ostentada u result, ha querido a este hombre para decirlo apresuradamente antes que el mundo moderno entrara junto con los franceses. Son los suyos, "más o menos" terribles, caballos, hombres mal contruidos, especies de maniqués trágicos, que viven una vida violenta pero que no tuvo tiempo de pulir ni de asentar. Traduce sus rápidas visiones no importa cómo. El dibujo vacila y tartamudea pero no duda jamás, va con un sólo rasgo rudo a su fin. El edificio es sumario, construye, con formas vacías, fantoches de estopa que, llena con la llama de su pasión desenfrenada, como se rellena una muñeca de arcilla. Sin embargo, todo tiene su equilibrio, una arquitectura se entrevé, los grupos bruscamente dispuestos, que un instinto espontáneo de la armonía distribuye en bloques de sombra, en luces brillantes, en pasajes sutiles que dejan en el recuerdo, no formas definidas, sino una alucinación persistente, un fluido cuya claridad se desliza por doquier, revelando la vida interior en el agujero negro de un ojo, en una espalda y un brazo en evidencia, en la media de una pantorrilla, en un hormigueo en las tinieblas en un lago de plata que resplandece en la superficie de un cuadro. Todo es aproximativo, el paisaje, el gesto, el rostro, el hábito. La intensidad del drama gana con ello. Pues todo en él es drama, hasta un retrato. Son aparecidos, pesadillas allegándose desde el fondo de un pueblo, su sangre, su orgullo, su cólera, su risa, sus vicios, su voluptuosidad y su

Sus telas más concluidas parecen esbozos arrebatados al espacio como una gran acuarela todavía húmeda. El temblor de las armonías apagadas que Velázquez había revelado a España se hace más ligero, más flotante. Todo tiembla y brilla. Las sedas rosas o grises, los terciopelos azules o púrpura, no hacen ya pensar únicamente en flores ocultas bajo el resplandor de plata de las órdenes, de las medallas, de las cintas, de las joyas colocadas sobre los pechos, los cabellos, las muñecas, los dedos. Se diría que a través del aire transparente y danzante de la tórrida España, la película interior de los naranjos, el reflejo de las flores en el agua pura, la sombra misma que hacían sobre las fuentes de cristal la rosa de los infantes, chispean en los diamantes y germinan en gotas de fuego en los rubies y los ópalos. La perla inquieta lo invade todo, penetra el aire y la piel desnuda. Envuelve su lujuria, roza los bellos brazos de las mujeres, llenos como columnas vivientes, inflados de jugo y de sangre. La encuentra en sus guantes que suben más arriba del codo, en sus pequeños zapatos de satén, en los cabellos encuadrando sus rostros empolvados con una ligera aureola, en el corset apretado alrededor de sus senos tibios, en las polieras estiradas sobre sus vientres amorosamente acariciados y en su regazo anegado en sombra. Es el pintor más embriagador de la voluptuosidad carnal. Rodea a las mujeres de una especie de nímbo inflamado. Todas son bellas, hasta las feas. Una luz anacrada sobre la espalda, una boca húmeda, dientes que brillan, un brazo velloso y macizo bastan para afebrarlo. Su olor, que respira, su aliento, que bebe, flotan en sus armonías. Se posesiona ardientemente de todos los secretos de su carne. Tiene impulsos de violar, pero es vencido por la gracia. Es bestial. Pero una especie de lirismo

y marchita su cutis. Esqueletos descotados en una nube polvorienta de sedas, de flores, de muselinas y de joyas desparpilladas aquí y acullá. Su rango no lo asusta. Infantes, reinas, son feas y sinestras si es así como las ve, y si las desea lo dice. Por otra parte ellas consienten. Todo consiente en España, con la condición de que el fuego interior consuma hasta el fin la vida. Los principes adoptan como pintor al que los conoce mejor, conceden a Ticiano, a Velázquez, a Carreño, el derecho de entregarnos al público.

Es el orgullo que los aparta, pero después se abandonan como los otros al inexorable realismo que permite a los españoles fabricar enfermos, torturar y ser torturados y con una indiferencia que los que no comprenden llaman crueldad, de rehundir las entrañas pendientes en el vientre de los caballos. Goya es el más implacable. Su familia real es una reunión de monstruos embrutecidos por las taras acumuladas, las prácticas devotas, las orgías furtivas y el miedo. Sus generales tienen aspecto de carniceros. El modelo se entrega al pintor, una indiferencia salvaje a todo lo que no sea pasión bruta, y la vida instintiva provoca choques bruscos de donde salta la chispa. Cuando no es una mujer o cuando ella no muestra los brazos, los senos, o las caderas, todo se concreta en el rostro que parece entonces una condenación del espacio aferrado al suelo. El aire se estremece en toda la carne, la carne se estreñece en el aire con su irradiación íntima. La vida está como sorprendida. Los ojos — los ojos de niños sobre todo — son agujeros de sombra abiertos sobre el pensamiento indeterminado. Velázquez había visto eso. En Goya, el misterio sube, siendo la forma instantánea, una impresión fulgurante, un instante rápido y profundo detenido en un abrir y cerrar de ojos, una sombra ardiente que acumu-

la en el segundo que pasa todo lo que existe de fuerzas espontáneas y secretas en un espíritu creador.

En Italia, donde pasó Goya varios años de su juventud, no había casi copiado, apenas había tocado sus pinceles. Meditaba mucho delante de las obras de los iniciadores de la pintura, divirtiéndose en lo demás de su tiempo. Velázquez a parte, que lo iluminó sobre el verdadero sentido plástico de España, ninguna obra tradicional, nada más que un pensamiento frenético en el corazón de un mundo agitado en profundidad por una pasión tan feroz que llega a inmovilizarlo en los aspectos más agudos y más característicos. No comenzará casi a traducir sino después de sus cuarenta años, las visiones que deja madurar desde la infancia al contacto ardiente de sus vicios, de su cólera, de su odio, de su guapeza, de su impulso violento hacia el amor y la libertad. Y si algunos ecos lo atraviesan, lejanos, como velados por el aire vibrante y el polvo — el espíritu melancólico y musical de Watteau, la gracia licenciosa y Greuze y de Fragonard, el calor sensual de Proudhon, algo de Reynolds, algo del Tiepolo, es porque representa con una fuerza tanto más trágica cuanto es más solo en el país más oprimido de Europa, un siglo decidido en todas partes a emanciparse de los dogmas que lo ahogan y de las aristocracias que no son más dignas de imponerle un sentido. Se bate siempre contra la monarquía que lo alberga, contra la Inquisición que no lo comprende o no se atreve a romper su pincel, contra la religión demasiado hundida en la estrechez de la letra para aferrar los símbolos frenéticos que lo atraviesan en chispazos, contra los franceses, cuando vienen a hundir a cañonazos lo que él ama y lo que odia. Todo le sirve de pretexto, su risa y su furor pasan tan libremente por los retratos de aparato como en las terribles agua-

fuertes donde, en el fondo de los negros, se agitan vampiros, apariciones siniestras, gnomos, fetos alados, monstruos imprecisos, y donde los blancos hacen brillar claridades de gracia poderosa, en un seno, en una pierna de mujer, en un brazo purpúreo enguantado de gris... Salta de una idea a otra, golpea aquí, mece allá, ama, violenta, aplasta con ironías disimuladas cuando se lo cree sumiso, se enternece en su rebeldía, no sabe siempre lo que quiere hacer o decir, y para no mentir en lo que siente lo expresa bruscamente en chorros de ácido, no importa cómo, pero con la fuerza crispada que dan los nervios desnudos y la pasión más fuerte que el miedo, su pincel, su lápiz o su punta corren detrás de esa idea. ¿Es Watteau cuando se mezcla a las fiestas populares, cuando sorprende debajo de los árboles decoraciones de figuras envueltas en sus mantos, y trajes chispeantes, cuando organiza los juegos y las rondas donde se siente el aliento siniestro de algo que no será nunca más? ¿Es Shakespeare, cuando sigue hasta el sábado a las brujas, donde ve volar, en el fondo de cielos nocturnos, alas membranosas y fantasmas sangrientos? ¿Es Rembrandt cuando ilumina un monstruo furioso y acosado, una jauría humana en pos de él, con un rayo caído no se sabe de dónde? ¿Es Voltaire cuando prosterne a la muchedumbre ante un loro predicador, o arroja a las mujeres a los pies de un asno o de un espantapájaros vestido con un sayal? ¿Es Hokusai cuando ve aparecer en sus noches enervadas un rostro, una forma donde los aspectos más disparatados de la bestia se amalgaman a los de la muerte? ¿Es Dante cuando, llegada la guerra, se apilan en las carreteras los cadáveres de masacrades, que los soldados violan y engarrotan, cuando se ve salir de un cuadro la boca de los fusiles vueltos hacia un montón de carne aullante, cuando la cuerda o las manos estrangulan, cuando una linterna desde el suelo ilumina a verdugos cur-

vados, rostros destrozados por las balas, bocas negras, brazos levantados, sangre y sesos salpicados por todas partes? Es, Goya, un campesino de España, bromista y sentencioso, un pilluelo feroz, un filósofo ceñudo, un visionario imposible de fijar en una forma, algo de alegre, de malo, de lubrico y de noble al mismo tiempo o por partes. Atraviesa el carna-

val, se divierte con mujeres ardientes y muñecas descoyuntadas. Carmin de mejillas, alegría fúnebre. No se sabe si ríe con los otros o si se ríe de ellos, o si debajo de sus risas entrevé los dientes de los cráneos descarnados. Va a ver matar toros, agarrotar bandidos, sangrar a los flagelantes, sube a las barricadas, azota al príncipe y tutea al brilión. Decora una casa con figuras espantosas: enterrados vivos que se baten, canibales ahitos de carne humana, sacudiendo trozos sangrientos. Rabia contra su tiempo con el cual comparte con pasión la crueldad, la galantería, lo novelesco corrompido. Es un espíritu libre y es un rústico. Es, de entre todos los grandes españoles que fueron sutiles y salvajes, el más salvaje y el más sutil. Está lleno de oscuridad, pero la llama lo ilumina. Se indigna como un santo, pero tiene el sadismo de la tortura y cuando dice: "Yo he visto esto", delante de miembros arrancados, de troncos decapitados, de cabezas pendientes de ranas, muestra un alma de verdugo... Ha vivido con furor su tierra siniestra y encantadora y su siglo llevando de frente la disolución consciente y el heroísmo instintivo. Ha muerto en el destierro, expulsado por los frailes, entre los franceses que él amaba por su espíritu de fronda y de los cuales había sido el enemigo más sangriento. Cuando se abrió su féretro, se encontraron en él dos esqueletos...

ELIE FAURE
(Fin de los "Artistas de España")

Dos clases de ladrones

Un miserable se ha enriquecido robando al público, vendiendo sus mercancías faltas de peso, y la ley le nombra jurado. En lo más rudo del invierno, un pobre roba un pan para mantener a su familia. Pasad la vista por esa sala en la que hormiguea el público: en ella el rico va a juzgar al pobre... Fíjate bien: ese juez, ese mercader, incomodado porque le hacen perder una

hora, mira distraídamente al hombre, que está llorando; lo envía a presidio, y él se marcha a su casa de campo. El público, el bueno y el malo, sale de allí diciendo: ¡Es justa la sentencia!... Sólo queda en el tribunal que ocuparon los jueces un Cristo pensativo y pálido que levanta los brazos al cielo desde el fondo de la sala. — Victor Hugo.

BIBLIOGRAFIA

Marx y Sorel—Un libro de Enrique Leone.

Si el sindicalismo revolucionario se ha enriquecido con tantas preciosas obras literarias en pocos años, se debe sobre todo a Enrique Leone, uno de los más doctos teóricos del sindicalismo revolucionario. Leone no es un militante; es un estudioso apasionado de los problemas económicos y sociales y especialmente del movimiento obrero. Ha sido, sino el único, por lo menos el más autorizado de los revisionistas italianos del marxismo, en el sentido sindicalista, recorriendo, sin embargo, un itinerario diferente del de Georges Sorel.

Se debe a Leone una comparación entre las teorías marxistas y las de Sorel que ha suscitado un vivo interés entre los estudiosos de los problemas sociales, en Italia tanto como en los otros países.

El *Neo-Marxismo*, Sorel y Marx es, en efecto, una de sus últimas obras en la que expone sintéticamente y compara las doctrinas de los dos teóricos del devenir social.

Sorel se había propuesto ante todo "intensificar la obra, desarrollar el espíritu y volver a considerar para poder revisarla, las partes devenidas caducas o contradictorias, con las nuevas situaciones de la sociedad", pero ocurrió que en seguida se proyectó fuera del camino y terminó por enunciar ideas y doctrinas enteramente antitéticas con el marxismo. Y el conflicto de las dos doctrinas se manifestó en la concepción marxista del materialismo histórico y en la concepción soreliana del voluntarismo, es decir, en la negación de que el régimen de la sociedad sea dominado por el capital, negación hecha en nombre de las creaciones y de las posibilidades, cuyas se proclama capaz el espíritu libre no derivado de la idea de Hegel sino del intuicionismo bergsonian.

En treinta y ocho capítulos, plenos de pensamientos, el libro de Leone, pasa revista a los diversos y complejos problemas que son el objeto de estudio y de crítica en el dominio económico-social, especialmente los que reflejan el movimiento sindical.

En lo que concierne al Estado, Leone escribe que el estudio de la actividad de las organizaciones obreras nos las muestra ocupadas en concretar una vocación espiritual y material que tiende a colocar el trabajo en el centro de la vida productiva y a rechazar las invasiones del patronato y del Estado. Y esta vocación se realiza sea por perpetuos y cotidianos conflictos con las formas capitalistas de la industria, sea por una evocación siempre más clara y por una invocación siempre más insistente con el fin de crear una institución que desplace el centro de la vida y coloque en él el sindicato en lugar del Estado.

De ahí que el autor del libro afirme la necesidad de formar un sistema de vida basado sobre una civilización de los mismos productores quienes, después de haber abatido los poderes jerárquicos del Estado celebrarán la inauguración del trabajo voluntario y asociado.

Enrique Leone confirma la incapacidad de los partidos para realizar la revolución obrera.

Cita la obra de la democracia social en Austria y en Alemania, que "ha matado el deseo de la realización de un plan proletario de transformación y el bolchevismo que ha obra y más como factor inhibitorio que como estimulante de la tendencia sindicalista (o soviética) de la revolución proletaria rusa".

Estas breves y fugaces citas no dan ni el pálido reflejo del examen que el autor hace de las doctrinas de Marx y de Sorel y de los conceptos que expone dando un carácter científico al sindicalismo obrero revolucionario.

G. T.



GOYA. — La casa de los locos

terrores suscitados, entremezclados y arrojados conjuntamente a la vida. Goya es un brujo que hace hervir hierbas y sorprende en el vapor ardiente el sombrío espíritu del suelo que les dió vida.

convicciones en una común camaradería y no en campos hostiles que se excomulgan mutuamente. Establecer tales relaciones sería aportar una piedra sólida al edificio del movimiento anarquista unificado.

VOLIN



GOYA. — Majas en el balcón



GOYA. — La infanta María Josefa

¿Qué es la anarquía?

Ignorancia de la gente sobre la anarquía — Locos o criminales — La anarquía es una idea que tiene bases científicas — La revuelta ha sido manifestación de todos los tiempos — Arbitrariedad e injusticia de la ley — La sociedad se mantiene únicamente por la violencia — Su instabilidad — Dificultad de cambiar las concepciones humanas — La maldad de las instituciones políticas — Perjuicio de la división de la tierra — La anarquía y el obrero — La anarquía y la belleza — No hay seres superiores — Idealidad de las facultades humanas, sea el que sea su empleo — Perjuicio de la autoridad — La anarquía y los sabios — Extensión de la ciencia — Imposibilidad de aislarse una nación — Absurdo del patriotismo — La anarquía y la política — Inutilidad de las reformas — La anarquía y el espíritu religioso — Libertad en las relaciones de los seres — La realización de un cambio social ha parecido siempre imposible — La liberación del individuo por su voluntad de serlo.

A pesar de que la anarquía haya salido de la oscuridad en la cual se intentó ahogarla; a pesar de que hoy, merced a la persecución, merced a las leyes de excepción, tal como se hace en las peores monarquías, los nombres de anarquía y de anarquista no son ignorados por nadie, hay pocas personas que sepan con certeza lo qué es la anarquía.

En el "affaire" Dreyfus, a raíz del cual surgieron muchos anarquistas, su intervención tuvo por efecto ponerlos en contacto con políticos burgueses que los ignoraban totalmente, pero la anarquía no por ello salió más clara.

Anarquía, para los unos es el robo, el asesinato, las bombas, el retorno al salvajismo; los anarquistas no son otra cosa que ladrones, perezosos que quisieran poner todas las riquezas en común con el fin de poder regodearse en el "dolor far niente".

Para los otros, la anarquía es una especie de utopía, de sueño de edad de oro, que, de buena gana, se reconoce muy hermoso, pero, un sueño, al fin, bueno a lo más para ilustrar los libros de moral, o para construcciones sociales fantásticas; los más clementes, encaran la anarquía como una vaga aspiración a la cual no oponen reparos para reconocer como deseable para que la humanidad tienda a alcanzarla, pero tan perfectamente inabarcable que no hay que preocuparse tan tenazmente en realizarla, y los anarquistas como una variedad de locos, de los cuales es bueno precaverse, como de pobres iluminados que pierden de vista los senderos prácticos para extraviarse en la ola de la utopía.

Son poco numerosos los que saben que la anarquía es una teoría que se apoya sobre bases racionales, que siendo los anarquistas hombres que han recogido las quejas de los que sufren del orden social actual, habiéndose compenetrado de las aspiraciones humanas, han emprendido la crítica de las instituciones que nos rigen, las han analizado, se han dado cuenta de lo que valen, de lo que pueden producir, y quienes, del conjunto de sus observaciones, deducen leyes lógicas, naturales, para la organización de una sociedad mejor.

Ciertamente, no tienen la pretensión de haber inventado la crítica del orden social; otros ya lo habían hecho antes que ellos; desde que existe el poder, hubo descontentos que no tuvieron pelos en la lengua para censurar sus actos, y si poseyéramos las leyendas que los humanos se transmitían antes de conocer la escritura, encontraríamos quizás en ellas, sátiras contra sus jefes. Se puede muy bien hacer la crítica del orden de cosas que existe sin ser anarquista, y algunos lo han logrado de una manera que jamás sobrepasarán los anarquistas.

Pero lo que los anarquistas creen haber hecho de más que aquellos, de más que las escuelas socialistas existentes o que les precedieron, es haber sabido reconocerse en el montón de errores que se desprenden de la complejidad de las relaciones sociales, de haber sabido remontar a las causas de la miseria, de la explotación y de haber, en fin, desnudado el error político que hacía esperar buenos gobiernos, buenos gobernantes, buenas legislaciones, buenos dispensadores de justicia, capaces de aportar el remedio a los males, cuyos sufre la humanidad.

La anarquía, estudiando al hombre en su naturaleza, en su evolución, demuestra que no puede haber buenas leyes, ni

buenos gobiernos, ni fieles ejecutores de la ley.

Toda ley humana es, forzosamente, arbitraria; pues, por más justa que sea, no representa, fuere la que fuere, la amplitud de concepción de los que la hacen, más que una parte del desarrollo humano, sólo una ínfima parte de las aspiraciones de todos; toda ley formulada por un parlamento, lejos de ser la obra de una gran concepción, es, por el contrario, el término medio de la opinión general, pues el mismo parlamento, por la manera de reclutarse, solamente representa un justo medio muy mediocre.

Aplicada a todos de la misma manera, la ley se convierte así, por la fuerza de las cosas, en arbitraria, injusta para los que están más acá o más allá de este término medio.

No pudiendo una ley representar las aspiraciones de todos, no puede, pues, aplicarse sino por el temor del castigo a los que la infringirán, su aplicación entraña la existencia de un aparato judicial y represivo; deviene así tanto más odiosa cuanto su coacción es más fuerte.

La ley, injusta ya, puesto que, concepción de minoría o de mayoría, quiere imponer su regla por unanimidad, se volverá todavía más injusta, puesto que, aplicada por hombres que tienen los defectos y las pasiones de los hombres, sus prejuicios, sus errores personales de apreciación, no pueden sino en consecuencia, sea la que sea su probidad, aplicarla bajo la influencia de sus errores y de sus prejuicios.

No puede haber ni buenas leyes, ni buenos jueces, ni por consiguiente, buen gobierno, puesto que su existencia implica una regla de conducta única para todos, cuando se sabe que es la diversidad lo que caracteriza a los individuos.

Toda sociedad basada sobre leyes humanas, y es el caso de todas las sociedades pasadas y presentes, no puede, pues, satisfacer plenamente el ideal de cada uno. Únicamente, la minoría de ociosos que, por astucia y por fuerza, ha sabido apoderarse del poder y de él usa para explotar en su provecho las fuerzas de la colectividad, únicamente esta minoría puede hallar en él su beneficio, e interesarse en la prolongación de este orden de cosas. Pero ella sólo puede hacerlo durar merced a la ignorancia que tienen los individuos sobre su propia personalidad, sobre sus posibilidades y sus virtudes.

Pero cualquiera que sea su ignorancia, cuando la comprensión es demasiado fuerte, se rebela. He ahí por qué nuestras sociedades son tan inestables, por qué las leyes son constantemente violadas por los que las promulgan o los que están encargados de aplicarlas, cuando su interés a ello les incita; pues, basado sobre la fuerza, es a la fuerza a la que recurren todos los que están en el poder o quieren llegar a él cuando están en el llano.

Promulgadas para ser aplicadas a todos y para contentar a todo el mundo, las leyes hieren más o menos a todo individuo, quien, merced a esto, quiere abolirlas o modificarlas cuando las sufre, pero desea consolidarlas cuando a su turno debe aplicarlas.

Sin embargo, las nuevas aspiraciones surgen pese a ello, y cuando el antagonismo deviene demasiado grande entre estas

aspiraciones y las leyes políticas, la puerta se abre ampliamente a las revueltas y a las revoluciones.

Y así sucederá siempre en tanto que para curar el mal hecho por una ley reconocida perjudicial, no se tenga otro remedio que la aplicación de una nueva ley.

Esta ignorancia de los hombres hace que las instituciones humanas, una vez establecidas, resistan a los cambios de forma. Se cambia los nombres, pero la cosa subsiste.

No habiendo todavía los hombres llegado a una concepción social diferente a la de la autoridad están condenados a girar en el mismo círculo, en tanto no hayan modificado su concepción: realza, imperio, dictadura, república, centralización, federalismo, comunismo, en el fondo, es siempre la autoridad, bajo el nombre de uno solo, o bajo la apariencia de la mayoría, siempre la voluntad de algunos impuesta a la totalidad.

Por otra parte, si el individuo aumenta sus conocimientos de una manera continua, lo hace en forma muy lenta; sin embargo se ha llegado hoy a tal punto que para desenvolverse en toda su integridad, es menester que su autonomía sea completa, que sus aspiraciones se manifestasen libremente, que pueda desarrollarlas en toda su expansión, que nada trabase su libre iniciativa y su evolución.

De ahí que hoy, en fin, los anarquistas extraen, de esta crítica de la organización social actual, esta primera enseñanza: que las leyes humanas deben desaparecer llevándose consigo los sistemas legislativo, ejecutivo, judicial y represivo que traban la evolución humana, suscitando crisis sangrientas donde perecen tantos millares de seres humanos, retardando la humanidad entera en su marcha hacia adelante, arrastrándola algunas veces a la regresión.

Una comprensión más neta de las cosas llevaría al paisano a darse cuenta que su interés bien entendido es reunir su parcela de tierra a la de su vecino; de asociar sus esfuerzos al de ellos para disminuir su pena, aumentar su producción.

Y como nadie tiene el derecho de esterilizar, para su solo provecho, la menor parcela de terreno, en tanto haya un solo ser que no coma según sus necesidades, la próxima revolución tendrá por fin entregar la tierra a las manos que quieran cultivarla, el instrumental a los que quieran utilizarlo.

Esto es todo lo que la anarquía quiere demostrar al paisano, explicándole que los amos que le roban, explotan igualmente al trabajador de las ciudades; tratando de hacerle comprender que, lejos de considerar a éste último como un enemigo, debe tenderle la mano para auxiliarse mutuamente en la lucha por la vida, y llegar así a desembarazarse de sus parásitos comunes.

Ella demuestra al obrero que no debe esperar su liberación de los salvadores providenciales, ni de los paliativos con los cuales los fantoches de la política le deslumbran y quieren obtener sus sufragios para dominarlo, que la emancipación individual sólo se hará por la propia acción del individuo, únicamente será el resultado de su propia energía, de sus propios esfuerzos, cuando, sabiendo obrar, ejercite su libertad en lugar de mendigarla.

Y esta satisfacción sólo puede ser asegurada a todos si la tierra, que no es la obra de nadie, es devuelta a la libre disposición del que pueda trabajarla, si el instrumental mecánico existente, fruto de la labor de las generaciones pasadas, cesa de pertenecer a una minoría de parásitos quienes descuentan un considerable diez-

mo sobre el producto de su actividad y la acción de los que lo trabajan.

La tierra, demasiado dividida por una parte para permitir a los dueños de pequeñas parcelas poner en movimiento el poderoso instrumental que secundaría sus esfuerzos; por otra parte, acaparada en inmensos latifundios que permiten a una clase de ociosos deducir sin trabajar, una renta sobre la producción de aquellas a quienes consienten en darla en arrendamiento (1), la tierra nutre difícilmente a la población existente.

Sin contar la ignorancia que favorece una educación defectuosa y permite que la mayor parte de la gente se detenga en sistemas rutinarios de cultivo y de producción en los cuales malgastan muchos esfuerzos y trabajo para obtener resultados insignificantes.

Sin embargo, pese a estas causas de ruina, llegaría a alimentar, bien o mal, a cada ser viviente si los intermediarios no estuviesen ahí, almacenando los productos, especulando con ellos, contribuyendo para que la mayor parte de los individuos no estén en condiciones de adquirir lo que han menester.

Pues si todos no pueden comer de acuerdo con sus necesidades la culpa es de la mala organización, social y no de la falta de producción. Una mejor repartición de los productos bastaría ya a cada uno para comer a su gusto. Una mejor distribución de la tierra y un mejor empleo de los instrumentos de producción puede traer la abundancia para todos.

Una comprensión más neta de las cosas llevaría al paisano a darse cuenta que su interés bien entendido es reunir su parcela de tierra a la de su vecino; de asociar sus esfuerzos al de ellos para disminuir su pena, aumentar su producción.

Y como nadie tiene el derecho de esterilizar, para su solo provecho, la menor parcela de terreno, en tanto haya un solo ser que no coma según sus necesidades, la próxima revolución tendrá por fin entregar la tierra a las manos que quieran cultivarla, el instrumental a los que quieran utilizarlo.

Esto es todo lo que la anarquía quiere demostrar al paisano, explicándole que los amos que le roban, explotan igualmente al trabajador de las ciudades; tratando de hacerle comprender que, lejos de considerar a éste último como un enemigo, debe tenderle la mano para auxiliarse mutuamente en la lucha por la vida, y llegar así a desembarazarse de sus parásitos comunes.

Ella demuestra al obrero que no debe esperar su liberación de los salvadores providenciales, ni de los paliativos con los cuales los fantoches de la política le deslumbran y quieren obtener sus sufragios para dominarlo, que la emancipación individual sólo se hará por la propia acción del individuo, únicamente será el resultado de su propia energía, de sus propios esfuerzos, cuando, sabiendo obrar, ejercite su libertad en lugar de mendigarla.

Y esta satisfacción sólo puede ser asegurada a todos si la tierra, que no es la obra de nadie, es devuelta a la libre disposición del que pueda trabajarla, si el instrumental mecánico existente, fruto de la labor de las generaciones pasadas, cesa de pertenecer a una minoría de parásitos quienes descuentan un considerable diez-

mo sobre el producto de su actividad y la acción de los que lo trabajan.

La tierra, demasiado dividida por una parte para permitir a los dueños de pequeñas parcelas poner en movimiento el poderoso instrumental que secundaría sus esfuerzos; por otra parte, acaparada en inmensos latifundios que permiten a una clase de ociosos deducir sin trabajar, una renta sobre la producción de aquellas a quienes consienten en darla en arrendamiento (1), la tierra nutre difícilmente a la población existente.

Sin contar la ignorancia que favorece una educación defectuosa y permite que la mayor parte de la gente se detenga en sistemas rutinarios de cultivo y de producción en los cuales malgastan muchos esfuerzos y trabajo para obtener resultados insignificantes.

Sin embargo, pese a estas causas de ruina, llegaría a alimentar, bien o mal, a cada ser viviente si los intermediarios no estuviesen ahí, almacenando los productos, especulando con ellos, contribuyendo para que la mayor parte de los individuos no estén en condiciones de adquirir lo que han menester.

Pues si todos no pueden comer de acuerdo con sus necesidades la culpa es de la mala organización, social y no de la falta de producción. Una mejor repartición de los productos bastaría ya a cada uno para comer a su gusto. Una mejor distribución de la tierra y un mejor empleo de los instrumentos de producción puede traer la abundancia para todos.

Una comprensión más neta de las cosas llevaría al paisano a darse cuenta que su interés bien entendido es reunir su parcela de tierra a la de su vecino; de asociar sus esfuerzos al de ellos para disminuir su pena, aumentar su producción.

Las necesidades es un derecho primordial que prima sobre todos los otros y va a la cabeza de las reivindicaciones del ser humano. Pero la anarquía abraza todas las aspiraciones y no descuida ninguna necesidad. La lista de las reclamaciones comprende todas las de la humanidad.

Mirbeau en sus *Malos Pastores* hace proclamar, a los obreros en huelga, su derecho a la belleza. Y, en efecto, cada ser tiene derecho, no solamente a todo lo que pueda mantener su vida, sino también a todo lo que pueda hacerla fácil, proporcionándole alegría y embellecerla. Son raros ¡ay!, en nuestro estado social aquellos que pueden vivir plenamente su vida.

Hay individuos cuyas necesidades físicas están satisfechas, pero que encuentran trabas en su evolución por la organización social vallada por la estrechez de concepciones del nivel intelectual medio: artistas, literatos, sabios, todos los que piensan, sufren, moralmente ya que no físicamente, del presente orden de cosas.

Diariamente son heridos por las mezquindades de la vida corriente, descorazonados por la mediocridad del público al cual se dirigen y al cual no pueden dejar de lado si quieren vender sus obras, lo que los arrastra a compromisos, a escribir obras vulgares y mediocres, cuando no quieren consentir en reventar de hambre.

La educación ha hecho creer a muchos de ellos que eran de una esencia superior al paisano, al trabajador manual de los cuales descienden en la mayor parte de los casos, sin embargo. Se les ha persuadido que es menester, para que su "talento" se desarrolle, para que su imaginación pueda manifestarse libremente, que la "vil multitud" se encargue de los duros quehaceres, se ocupe de servirles, se extenja para hacerles, por medio de su trabajo, la vida fácil, que era necesario, para que su "genio" alcanzase su completo desenvolvimiento, la atmósfera de lujo y de ociosidad de las clases aristocráticas.

Una concepción sana de las cosas ha hecho comprender que para ser completo, el hombre debe ejercitar tanto sus miembros como su cerebro, que el trabajo no envilece sino porque se ha hecho de él un signo de esclavitud y que el hombre, verdaderamente digno de este nombre es el que no ha menester de reposarse sobre los otros de los cuidados de la existencia.

Un hombre vale lo que otro; si hay gradaciones de desenvolvimiento, ello reposa en causas que ignoramos, pero tal ignorancia puede tener calidades superiores a las del más sabio que él. En todo caso, la inteligencia si favorece al que la posee, no por eso le da el derecho de explotar ni gobernar a los otros. Justamente ésta diferencia de desarrollo implica diferencia de deseos, de aspiraciones, de ideal, y es al individuo mismo al que corresponde convertir en realidad lo que responde mejor a su concepción de la felicidad.

Por lo demás, estas diferencias de desarrollo no nos parecen tan grandes sino porque la educación, mal comprendida y mal distribuida, perpetúa los errores y los prejuicios. La imaginación, la invención, la observación, el juicio, si bien es cierto que difieren algunas veces en intensidad en cada individuo, no difieren en esencia, son simples facultades de nuestro cerebro que no pierden su calidad por ser empleadas en construir una máquina, una casa, restañar un caldero, o confeccionar una novela o un tratado de anatomía.

Sedientos de jerarquía, los humanos han dividido en ocupaciones nobles y bajas, el empleo diverso de nuestras fuerzas.

Los parásitos que se han abrogado el derecho de ser nuestros amos declarándose superiores, han establecido que no hay nada de verdaderamente noble como la ociosidad, que no existe nada más bello que la fuerza empleada en destruir; que está destinado a producir, a hacer surgir de la tierra y de la industria, todo lo que es necesario para sustentar la vida, siendo de calidad vil e inferior, su empleo debe ser reservado a las clases serviles.

Y nosotros, basándonos en lo dicho arriba, continuamos declarando vitiosas ciertas ocupaciones, olvidando que

ellas son tales porque una clase de gentes está forzada a cumplirlas al servicio de otra clase, de servir sus órdenes y caprichos, de enajenar su libertad, pero que no puede haber nada de vil en no importar qué trabajo, consistente en subvenir a nuestras necesidades propias.

El artista, el literato, pertenecen a la masa; no pueden aislarse de ella, y forzosamente, experimentan los efectos de la mediocridad ambiente. Por más que se atrincheren tras los privilegios de las clases dirigentes, por más que quieran aislarse en su "torre de marfil", si hay rebajamiento para el que está reducido a los peores menesteres para satisfacer su hambre, la moralidad de los que lo condenan a ello, no es superior a la suya; si la obediencia envilece, el mandar, lejos de elevar los caracteres, por el contrario, los rebaja.

Para vivir su sueño, realizar sus aspi-

raciones, es menester que trabajen ellos también, para alcanzar la superación moral e intelectual de la masa, que comprendan que su propio desenvolvimiento está hecho de la intelectualidad de todos; que fuere lo que fuere, la altura que crean haber alcanzado, reposa sobre la multitud; si tienden a elevarse, mil vínculos les atan a ella, traban su acción, su pensamiento, impidiéndoles para siempre alcanzar las cumbres entrevistas. Una sociedad normalmente constituida, no admite esclavos sino un cambio mutuo de servicios entre iguales.

JUAN GRAVE

(Concluida)

(1) Cuando no la inmovilizan transformándola en tierras de caza, parques de diversion, o la dejan estéril carente de capitales necesarios para mejorarla, o simplemente por negligencia.

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

(Continuación)

"Al mismo tiempo que se localizará en todas partes, la revolución tomará necesariamente un carácter federalista. En cuanto se haya derribado al gobierno establecido, las comunas deberán reorganizarse revolucionariamente, darse jefes, una administración y tribunales revolucionarios, constituidos por el sufragio universal y la responsabilidad real de todos los funcionarios ante el pueblo. Para defender la revolución, sus voluntarios formarán al mismo tiempo una milicia comunal. Pero aislada ninguna comuna podrá defenderse. Será, pues, una necesidad, para cada una la propagación de la revolución fuera, la sublevación de todas las comunas vecinas, y a medida que se subleven, la confederación de ellas para la defensa común. Formarán necesariamente entre sí un pacto social basado en la solidaridad de todas y en la autonomía de cada una. Ese pacto constituirá la constitución provincial. Para el gobierno de los asuntos comunes se formará necesariamente un gobierno y una asamblea o parlamento provinciales. Las mismas necesidades revolucionarias impulsarán a las provincias autónomas a federarse en regiones, las regiones en federaciones nacionales, las naciones en federaciones internacionales — y el orden y la unidad, destruidos en tanto que productos de la violencia y del despotismo, renacerán del seno mismo de la libertad".

"Necesidad de la conspiración y de una fuerte organización secreta, que converja en un centro internacional, para preparar la revolución".

Advertimos que estos documentos, muy explícitos sobre muchas cosas, no hablan de la expropiación de los usurpadores presentes del capital social. Es una característica consciente de este programa, porque dice expresamente: "sin expropiación alguna, por los meros esfuerzos y poderes económicos de las asociaciones obreras, el capital y los instrumentos de trabajo caerán en posesión de aquellos que los apliquen a la producción de las riquezas por su propio trabajo". Bakunin basaba, pues, en 1866 su socialismo enteramente en esos dos factores: el poder del trabajo voluntariamente asociado y la abolición del derecho de herencia; los capitalistas serán poco a poco eliminados por la concurrencia de las asociaciones y completamente por la muerte sucesiva que haría pasar su herencia al fondo de educación de los niños. Es una fusión de las ideas de los saint-simonianos y de los asociacionistas franceses que no reclamaban la expropiación de los capitales, pero que tienen fe en la concurrencia victoriosa de las asociaciones. — En cuanto a la tierra, Bakunin es ya colectivista.

En su programa revolucionario redactado en el otoño de 1868 se lee sin embargo: "la confiscación de todos los capitales productivos y de todos los instrumentos de trabajo en provecho de las asociaciones de trabajadores que deberán hacerlos producir colectivamente" y, "la confiscación de todas las propiedades de la Iglesia y del Estado lo mismo que de los metales preciosos de los individuos en beneficio de la Alianza federativa de todas las asociaciones obreras. — Alianza

que constituirá la comuna." El programa de 1868 agrega: "En cambio de los bienes confiscados, la comuna dará lo estrictamente necesario a los individuos despojados así, pero por su propio trabajo podrán ganar más tarde más si pueden y si quieren".

Este programa (1869) continúa: "Para la organización de la comuna, la federación de las barricadas en permanencia y la función de un consejo de la comuna revolucionaria por la delegación de uno o dos delegados por barricada, uno por calle o barrio, delegados investidos de mandatos imperativos, siempre responsables y siempre revocables. El consejo comunal organizado así podrá elegir de su seno comités ejecutivos separados por cada rama de la administración revolucionaria de la comuna".

"La revolución debe hacerse en todas partes por el pueblo y la suprema dirección debe quedar siempre en el pueblo organizado en federación libre de asociaciones agrícolas e industriales — y por tanto el Estado revolucionario y nuevo se organizará de abajo arriba por vía de delegación revolucionaria y abarcará todos los países insurrectos en nombre de los mismos individuos sin hacer caso de las viejas fronteras y de las diferencias de nacionalidades, tendrá por objeto la administración de los servicios públicos y no el gobierno de los pueblos. Constituirá la nueva patria, la Alianza de la revolución universal contra la Alianza de todas las reacciones".

"Esta organización excluye toda idea de dictadura y de poder dirigente tutelar. Pero para el establecimiento mismo de esa alianza revolucionaria y para el triunfo de la revolución contra la reacción, es necesario que en medio de la anarquía popular que constituirá la vida misma y toda la enjundia de la revolución, la unidad del pensamiento y de la acción revolucionaria encuentre un órgano. Ese órgano debe ser la Asociación secreta universal de los hermanos internacionales".

Esquemos aún la palabra de Bakunin en una carta íntima escrita a Celso Cerretti (publicada en 1896):

"... El objeto positivo de la revolución social será la organización nueva de la sociedad más o menos emancipada. "El derrocamiento del Estado y del monopolio financiero actuales" son su objeto negativo). También bajo este aspecto, el ideal es claramente planteado por la teoría. Como org. "acción política es la federación espontánea absolutamente libre, de las comunas y las asociaciones obreras. En la práctica será lo que cada sección, cada provincia, cada comuna y cada organización obrera quieran y puedan, siempre que sea realmente la voluntad real de las poblaciones y no la arbitrariedad, la fantasía o la prepotencia de los jefes quienes decidan".

"Emancipación del trabajo no puede, pues, significar otra cosa que la expropiación de los capitalistas y la transformación de todos los capitales necesarios para el trabajo en propiedad colectiva de las asociaciones obreras".

"Así, expropiación de los detentadores del capital, transformación del capital en propiedad colectiva de las asociaciones obreras y organización de la soli-

daridad universal, — tal es el ideal del proletariado de los campos.

"Estos dos ideales se pueden conciliar muy bien con el principio de la libre federación de las comunas y de las asociaciones obreras, proclamado atrevidamente hace un año por la Comuna de París".

Aparte de la diferencia señalada relativa a la expropiación, las concepciones de 1866 y 1872 son las mismas y se vuelven a encontrar por todas partes en la obra de Bakunin. El programa de 1866, que nos parece crudo y primitivo, correspondía a las situaciones de entonces, sobre todo en Italia, donde escribe: "ningún movimiento organizado, pero en cambio instintos populares revolucionarios y la perspectiva de guerras nacionalistas y burguesas que no plantearían más que las fundaciones de nuevas guerras y perpetuarían el estalinismo y la guerra, que son inseparables." A esa triste perspectiva (que se ha realizado al fin de la letra) Bakunin opone la única solución completa que se puede concebir: la disolución de los Estados actuales, que no son más que instrumentos de opresión en el interior y de guerra en el exterior y una reconstrucción libre de abajo arriba por la federación libre de las unidades primitivas con ciertas garantías para las minorías (derecho de secesión). No importa aquí el saber si se puede concebir un federalismo más libertario: nosotros vemos las grandes líneas de su proyecto, y en el dominio social tendría lugar una reconstrucción paralela: el individuo se convertiría en una unidad social (laboriosa) verdaderamente independiente por el mantenimiento, la educación y el aprendizaje que le serían garantizados hasta su mayoría de edad; entonces se asociaría socialmente, como se federaría políticamente, es decir, como gusto. Evidentemente esas proposiciones no se refieren más que a la primera generación después de la revolución, antes de la muerte de los últimos burgueses. Una segunda generación no contendrá más que hombres libres que han aprendido todos a trabajar. Pero Bakunin no componía una utopía, no perdía de vista que era necesario laborar y sembrar antes de cosechar. No tenía tiempo que perder y lanza raramente una mirada más allá. Sin embargo, al escribir en 1866 sobre las asociaciones cooperativas obreras dijo:

"Es posible y aun muy probable que superando un día los límites de las comunas, de las provincias y aún de los Estados actuales, den una nueva constitución a la sociedad humana entera, no repartida ya en naciones, sino en grupos industriales diferentes y organizada según las necesidades no de la política, sino de la producción. Esto se refiere al porvenir".

A partir de 1868 la Internacional adquirió grandes dimensiones y Bakunin empieza a dudar en las posibilidades revolucionarias que dormitaban aun en las grandes masas. Como acabamos de ver, propone entonces la expropiación inmediata y completa en caso de revolución. Pero en ese caso la abolición del derecho de herencia (del cual no se habla en el documento de 1868), tendría un doble empleo: después de la expropiación no queda ya nada que transmitir por vía de herencia. En 1869, en su propaganda pública (Genebra y el congreso de Basilea) Bakunin insiste sin embargo ante todo en el derecho de herencia; por ejemplo: "entendemos que el capital, lo mismo que la tierra, en una palabra todos los instrumentos y todas las materias primas del trabajo, al cesar de ser transmitidos por el derecho de herencia, se convierten para siempre en propiedad colectiva de todas las asociaciones productoras"; y: "Concluimos. Basta que el proletariado declare que no quiere sostener más el Estado que sanciona su esclavitud para que el derecho de herencia, que es exclusivamente político y jurídico y por consiguiente contrario al derecho humano, caiga por sí mismo. Basta abolir el derecho de herencia para abolir la familia jurídica y el Estado". Esboza una "vía de reformas en el país dichoso, muy raras, por no decir desconocidas", en que los burgueses mostrarían buena voluntad alancera; "por una serie de modificaciones sucesivas, sabiamente combinadas y meditadas amistosamente entre los trabajadores y los burgueses, se podrá abolir completamente en veinte o treinta años el derecho de herencia y reemplazar el modo actual de propiedad, de trabajo y de instrucción por el trabajo y la instruc-

LOS PACIFICADORES...



Bajo el poder de las hordas negras, Italia se pacifica... y se despuebla. Y Mussolini es el genial intérprete de ese segundo renacimiento cesarista

ción colectiva por la educación integral o instrucción integral". "El método de la revolución será naturalmente más corto y más simple... Debe ser entendido entre nosotros (esto es un extracto del informe ginebrino al congreso de Basilea) que el primer día de la revolución el derecho de herencia será simplemente abolido, y con él el Estado y el derecho jurídico, a fin de que sobre las ruinas de todas las iniquidades se eleve, a través de todas las fronteras políticas y nacionales, el mundo internacional nuevo, el mundo del trabajo, de la ciencia, de la libertad y de la igualdad, que se organizan de abajo arriba, por la asociación libre de todas las asociaciones productoras".

La expropiación hace evidentemente inútil la abolición del derecho de herencia y esta desaparece, según mis recuerdos, después de 1869 de los escritos de Bakunin y deja su puesto a la expropiación. Puedo engañarme en este punto que no me es posible verificarlo ahora al oír todos sus escritos de 1870 en adelante, pero se trata en eso de una medida transitoria, como otros habían propuesto la legislación directa en semejante carácter (Dejacque, De Paeppe). Bakunin es lo menos inclinado posible a los medios de transición: "en todas partes y en todo el hecho revolucionario, en lugar del derecho creado y garantizado por el Estado" — he ahí su idea (1868). Pero ha creído absolutamente necesaria siempre otra medida auxiliar; fué la dirección secreta, invisible de los preparativos y de la acción revolucionaria de los militantes asociados entre sí para ese fin. Pensaba que dos o tres cientos hombres en cada país y cien para la organización internacional en toda Europa, bastarían (1868).

Comprendía como nadie el carácter perjudicial de la dictadura abierta y no quería nada mejor que ver a las masas libertarse, acochaba y saludaba las menores manifestaciones de instinto revolucionario. Pero como observador objetivo, no creía que las masas de la época, — mas despertadas, fueran capaces de acción y sobre todo de cooperación espontánea y efectiva. La dictadura invisible, y por ese medio cerraría el camino a la ambición de los militantes que quedarían en la oscuridad, le pareció el mejor medio para aproximar los dos polos, las masas todavía demasiado poco desarrolladas y las grandes exigencias que demanda la revolución radical, la única que puede dar la victoria.

Esta solución puede desagradarnos; ¿que se encuentre una mejor! Es fácil profesar una fe ilimitada en la esponta-

neidad—¿dónde están hoy los resultados, sesenta años después de la fundación de la sociedad secreta de Bakunin? Las masas han hecho aún muy poco por sí mismas, pero se han dado, aparte de los patrones y del Estado que soportan, treinta y seis mil nuevos jefes en cada país, permanentes y elegidos, grandes y pequeños, que controlan su menor acción y se burlan de toda espontaneidad, llamada falta de disciplina. Bakunin no quería eso, no quería tampoco cruzarse de brazos y esperar la acción espontánea. Pensó, pues, en el impulso invisible. Otros, más tarde, han imaginado la propaganda por el hecho, la iniciativa libertaria, de que hablaré más adelante. Para Bakunin y sus camaradas, el medio indicado fué el que encontraron mejor.

Todo esto no es más que una parte restringida de la obra anarquista de Bakunin, esa parte en que trataba de aplicar las ideas a las situaciones y a la mentalidad de su tiempo, de los años entre 1864 a 1867 cuando el movimiento obrero era casi nulo, relativamente, y de 1868 a 1874, cuando el movimiento recién nacido fué pronto entredesgarrado por las luchas intestinas entre autoritarios y libertarios. Para obrar sobre esos materiales, masas y militantes, ambos tan poco desarrollados, ha reducido las ideas a las proporciones que acabamos de examinar. Pero su gran obra permanente la encontramos en los bellos escritos de filosofía libertaria que socaban el principio de autoridad en todas sus formas. A partir de los fragmentos de 1865, a través de sus brillantes discursos en los congresos de la paz (1867, 1868), el *Antiteologismo*, la carta a la *Democracia* (1868), los artículos de *L'Egalité* (1869) hasta el gran manuscrito de 1870-71, del que fué sacada la joya de sus escritos, *Dios y el Estado*, hasta *El principio del Estado*, hasta los escritos contra Mazzini (1871), etc. — hay una larga serie de estudios libertarios cuyo verdadero fin habría sido alcanzado si hicieran de sus lectores, no hombres que juran sobre las palabras de Bakunin, sino que aprendan a pensar y obrar por sí mismos, como anarquistas, a hacer mejor que Bakunin, si pueden, a ser hombres libres que apresuren el advenimiento de la libertad; pues el atrevido autoridad que debemos respirar los ahoga. Existe una fuerza dinámica creadora de anarquistas en sus escritos, con sólo tomarse el trabajo de utilizarla.

Max Nettlau

El problema de la procreación y la prevención de la maternidad (4)

La política estatal de la repoblación.—

En los Estados capitalistas todos los gobiernos aspiran a multiplicar el número de sus habitantes. Todos los gobiernos cuentan con la posibilidad de verse envueltos en una guerra voraz. Y hay gobiernos que se arman incesantemente para la guerra, que trabajan conscientemente en la declaración de guerra a otros gobiernos en un tiempo apropiado para conquistar tierras y hombres. Reconocemos que justamente en Alemania, en los años anteriores a la guerra mundial, tuvo lugar una furiosa concurrencia de armamentos. Eso se hizo hasta que el partido militar consideró llegado el momento de atacar. El recuerdo de esa "gran época" procura dolores morales a todo hombre que piense libremente. El suceso más miserable no sólo fué el hecho de la renunciación de la social-democracia alemana y de los sindicatos centralistas y su completa sumisión al partido militar, sino la aclamación de la locura de la guerra por el 99 por ciento de los intelectuales. Todo socialista, por mil razones económicas, políticas y humanas debe ser adversario de la guerra. Hoy nos interesa sólo una parte de la guerra. ¿Qué efectos ha tenido la guerra mundial en los hombres, en su número y en su salud? Queremos extirarnos de una exposición propia y dejamos hablar a otros. Hay en Copenhague una sociedad para el estudio de las consecuencias sociales de

la guerra. Y esa sociedad editó un folleto sobre *El movimiento de la población en la guerra mundial*, por C. Döring, I. Alemania. De ese folleto tomamos un capítulo: *El movimiento de la población después de la guerra mundial*.

En resumen: los efectos de la guerra mundial en el movimiento de la población, se presentan así:

1.—El pueblo alemán, a causa de la disminución de los nacimientos y del aumento de la mortalidad sufrió una pérdida total de 5 a 6 millones de seres humanos. A consecuencia de eso, en la evolución del número de los habitantes se ha producido un movimiento de retroceso. El número de los habitantes ha bajado de 67,8 a 65,1. De ellos, 33,9 millones son mujeres y 31,2 hombres.

2.—De la pérdida total, 3,5 millones son causados por la disminución de los nacimientos y 2,1 millones por el aumento de la mortalidad.

3.—La edad y proporción del número de los sexos han sido perfectamente quebrantadas. Por mil personas de sexo masculino, en lugar de 1024 corresponden 1086 personas de sexo femenino. En la edad de 20 a 50 años la proporción no es ya 1000: 1005, sino 1000: 1185 y a los 20-30 años, es decir, la edad del matrimonio, la desproporción es más notable aún.

4.—La natalidad desde mayo de 1915 hasta julio de 1919 es 1/3 hasta 1/2 de la natalidad en los períodos normales.

4 a).—El aumento de la mortalidad a consecuencia de las pérdidas sangrientas (1,8 millones) afecta en primera li-

nea a las generaciones masculinas más vigorosas y capaces. El número de los hombres en edad militar ha bajado de 14 a 12,2 millones o sea un 13 por ciento. Además se añaden los centenares de miles de supervivientes más o menos estropeados. A causa de esa selección al revés ha sido aniquilada en gran parte la mejor energía del pueblo alemán.

5.—La población civil, a consecuencia de la alimentación deficiente y del exceso de trabajo, ha sufrido también fuertemente. Más que nadie fueron afectadas las clases pobres de la población urbana. Más de 700.000 seres humanos, por sobre la proporción normal, han muerto después de haber pasado el primer año de vida.

A esos efectos directos se añaden los efectos indirectos.

6.—La desmovilización duró dos o tres meses. Aún después de ella se conservan considerables masas de tropas bajo las armas. Además había, a fines de febrero de 1919 más de 800.000 soldados alemanes prisioneros de guerra; y todavía falta por ver cuándo serán libertados. En este período de transición la proporción de la natalidad será aún fuertemente influenciada.

7.—Pero la enorme pérdida de hombres capaces de reproducirse, tiene siempre su influencia aún después de la paz y de la vuelta de los prisioneros de guerra en el movimiento de la población. Cayeron en la guerra 1,8 millones de hombres. Añádase la pérdida de la población civil y considérese que centenares de millares de soldados regresan debilitados en vigor reproductivo, por consiguiente no sería exagerado estimar la pérdida total en hombres capaces de reproducir en 2,5 millones. En consecuencia la natalidad después de la guerra persistirá largo tiempo un 20 por ciento más reducida que en tiempo de paz. También el número de los matrimonios será menor. No se debe uno ilusionar con el ejemplo de otras guerras. Pues la pérdida humana de la última guerra, que se concentró en cuatro años, no tiene igual en la historia.

8.—La salubridad de la población ha empeorado enormemente en la guerra a causa de la alimentación insuficiente y del exceso de trabajo. Sufrieron en especial las clases pobres de la población laboriosa. Es espantoso el progreso hecho por la tuberculosis. En los últimos años de guerra aumentó un 50 por ciento. Por tanto, la mortalidad de la población en general será mayor por un tiempo considerable después de la guerra que en tiempos de paz. Esto es también probable a causa de que la producción de las condiciones anormales de la alimentación exigirá un cierto período.

9.—Finalmente no hay que olvidar que las dificultades económicas (carestía, falta de materias primas, falta de medios de comunicación, etc.) en que está el pueblo alemán, no dejan de tener su repercusión en el problema de la población. Pues cuánto más difíciles sean las situaciones económicas, cuánto más difícil sea la alimentación de los niños, más fuerte será el deseo de limitar artificialmente la natalidad.

Las consecuencias totales de la guerra para el movimiento de la población no son, pues, entrevistas en todo su alcance a causa de su grandeza.

A una pérdida de más de 5 millones y medio de hombres se agrega el retroceso persistente de la natalidad y una cifra más elevada de mortalidad por muchos años.

Sobre estos hechos no se hacen ilusiones los políticos alemanes de la población. Como prueba de ello mencionamos aquí que en los debates de las organizaciones dirigidas, que se ocupan en especial del problema de la población, totalmente modificado por la guerra, ha sido declarado.

La sociedad alemana para la política de la población, fundada durante la guerra, en la que ingresaron numerosos políticos y hombres de ciencia, celebró el 13 de abril de 1915 su primera asamblea general, en la cual el presidente, profesor Julius Wolff, expuso el objeto y el propósito de la sociedad. Dijo, sobre los efectos de la guerra en la natalidad:

"No se puede contar con un aumento constante de la natalidad después de la guerra. El gran número de los inválidos, inapropiados e incapaces de hacerse cargo de las necesidades de una familia y el trabajo industrial creciente de la mujer, se opondrán a ello" (según el informe de

la *Münchener Med. Wochenschrift*, 26 de octubre, 1915).

En la octava conferencia de la Comisión central de beneficencia (Berlín), se ha discutido más hondamente el problema entero de la población. El protocolo de los debates, que se celebraron del 26 al 28 de octubre de 1915, ha sido publicado con el título: *"Mantenimiento y aumento de la fuerza popular alemana"*. El orador principal que habló sobre el asunto del *Aumento de la natalidad*, profesor Oldenburg-Göttingen, llegó al siguiente resultado:

"Es la sangre de nuestra población masculina la que consumimos. Si la guerra dura mucho, nos faltarán varios millones de niños y de padres. Los muertos pertenecen a la edad más fecunda; por tanto nuestro pueblo saldrá de la guerra con una generación enraquecida que influirá considerablemente la reproducción en los primeros años de la paz. También la proporción numérica de ambos sexos será destruida."

Es de notar que según la opinión del orador la cifra general de la mortalidad en Alemania se había acercado antes de la guerra a su límite más inferior.

La asociación central para la lucha contra el alcoholismo, de Berlín, se ocupó también en su octava conferencia (14 de junio de 1916) de los efectos de la guerra en el movimiento de la población. El profesor Tuczak-Marburgo, dijo en una conferencia especial:

"La guerra disminuye la población actual por la gran pérdida y la futura por los obstáculos a la reproducción."

A causa del aniquilamiento de una generación masculina entera, quedará cerrado a muchas muchachas el camino del matrimonio. Después de la guerra, tendrá lugar una desproporción en la existencia de los sexos desventajosa para el aumento de la población."

A tales conclusiones se llegaba ya en el segundo año de la guerra, cuando aun eran poco evidentes los efectos corruptores de la alimentación deficiente.

Esa enorme devastación sin ejemplo en las consecuencias de la fuerza humana presenta al pueblo alemán problemas sociales y políticos de la naturaleza más grave. Con pequeños medios no se puede operar aquí. Sólo una política en gran escala, sistemática, sobre el fundamento más amplio imaginable puede crear un paulatino mejoramiento. Los políticos sociales y de la población deben colaborar de la manera más íntima con los médicos y los políticos económicos.

"La reconstrucción de la fuerza humana debe ser operada tanto económica como socialmente y abarcar totalmente el entero pueblo en todos sus estratos. Económicamente por el mejoramiento, más grande posible de las condiciones de la alimentación y por la introducción de mejores condiciones de trabajo; socialmente por la vasta construcción de todas las instituciones sociales (hospitales, asistencia a los inválidos, asistencia a la vejez, prevención de los accidentes, higiene de la habitación, higiene del recién nacido y de la madre, etc.). La salubridad debe ser asunto de la sociedad, el médico debe ser libertado de los lazos de la vida comercial. Condición previa para la solución real de este problema es que los trabajadores mejoren su condición económica y cultural".

Esas investigaciones nos dan un buen material a los que defendemos la regulación consciente de la natalidad. Nos proporcionan una comprensión del esfuerzo del gobierno alemán antes de la guerra para elevar todo lo posible el número de los nacimientos en las familias proletarias. Los hijos de los proletarios son bien venidos para las clases dominantes como carne de cañón y para los explotadores como coolies chinos.

En qué medida seguirá el capitalismo los consejos de esas sociedades de estudios para crear mediante las reformas culturales y económicas las condiciones previas que nivelen pronto la devastación de vidas humanas, nos ofrece un testimonio elocuente la abolición de la jornada de ocho horas y la reducción sistemática del salario por el gobierno y el capitalismo. Pero salario de cooli y larga jornada de trabajo significan al mismo tiempo retroceso de la población en los problemas culturales. En tal época es doblemente necesario aumentar la propaganda en pro de las prevenciones de la maternidad en las familias proletarias.

MAX WINCLER.